

ESTRELLA FUGAZ

Había una vez un abuelo. Cada tarde a las tres y media estaba sentado debajo del viejo árbol, justo al frente de la fuente que nunca funcionaba, erguido como una estatua petrificada en el centro de la plaza del pueblo. Había empezado el frío y el cierzo no paraba de soplar, pero el anciano no se movía del banco, como si esperara a alguien.

Se sentía tan viejo e inútil, su cuerpo era tan inmóvil y desamparado como si estuviera esperando que los sutiles rayos del sol invernal pudieran calentar su envejecida alma. Sólo los ojos, en su cara arrugada, hablaban de una vida llena de eventos y acontecimientos.

Un día vino al pueblo una familia extranjera. Los padres trabajaban duramente todo el día, pero a su hijo, un niño de siete años, le gustaba mucho pasear e investigar todo. Se llamaba Angel. Era un niño vivaracho y curioso. Le gustaba jugar y explorar, pero sobre todo le gustaba preguntar y hablar de cualquier tema y asunto. Como de costumbre, el abuelo estaba sentado en el banco, apoyado en el viejo roble y miraba sin ver la fuente seca, que era como su interlocutor en una conversación interminable, casi de siglos.

Justo en ese momento, Angel, el niño extranjero, llegó a la plaza. Viendo al anciano tan callado y recogido en sus pensamientos sonrió felizmente y empezó a hablarle. Estaba tan emocionado y tenía tantas ganas de averiguar todo, que no paraba de preguntar y preguntar. Al principio, el abuelo respondía lento, a regañadientes, pero poco a poco el entusiasmo del niño lo estremeció como si despertara de un profundo sueño. La cara viva y colorada de este niño le parecía conocida. Una imagen resplandeciente y tan auténtica. Sí, de repente la reconoció. Esta cara, esta sonrisa estaba profundamente oculta en su identidad. Muchos, muchos años atrás él mismo exploraba, preguntaba y quería saber todo y la palabra más empleada era *por qué*. Como si se hubiera despertado de una hibernación. Su alma, su espíritu estallaron. Este niño tan pequeño y al mismo tiempo tan amoroso quebrantó el grueso hielo que abarcaba su corazón. Como una estrellita fugaz en el lúgubre cielo, que le tocaba y calentaba con su fulgor y resplandor. El pequeño había conseguido caldear su tosca y fría alma.

Desde ese momento se les podía ver siempre juntos: el abuelo, robusto y serio, con Angel, el niño curioso y emocionante, hablando y hablando. Para el viejo, este niño era como un angelito venido del cielo. El calor de su corazón era tan grande que calentaba todo alrededor de los dos y ahora el cierzo no se dejaba sentir tan recio.

Había caído una estrella fugaz, pero no en el cielo sino en el viejo corazón del abuelo.

Esteve